

Power Paola

Artista plástica e historietista



Foto: Juan Cristóbal Cobo, Cortesía: Power Paola.

Pocas veces se les pregunta a las personas que trabajan en el mundo del arte su formación, sus maestros, sus compañeros de clase o su relación y posición frente a las instituciones educativas; como si los artistas hubiesen aprendido solos y sus reacciones frente a estos edificios de poder fueran algo circunstancial. Aquí se demuestra lo contrario.

Humberto Junca: ¿Recuerda alguna clase, una experiencia o a una persona que haya sido fundamental para usted durante su formación?

Power Paola: Muchas personas han sido fundamentales para mí y la primera es mi papá, **Uriel Gaviria**. Recuerdo que cuando yo estaba chiquita y él se ponía a leer el periódico, siempre me pasaba las tiras cómicas para que yo las leyera. Él era sacerdote, lo metieron desde los 11 años a la Iglesia... y bueno, si tenía vocación yo creo que fue porque se la obligaron a tener.

Creo que él hubiera querido ser médico o pintor. Cuando se salió del sacerdocio hizo un montón de cosas antes de casarse: estudió mercadeo, se fue a viajar por Europa y luego volvió a Colombia y se casó con mi mamá. Tuvo dos hijas y después en la época del boom petrolero se fue a vivir a Ecuador y allá nació yo.

En Ecuador mi papá trabajó durante un tiempo en un periódico que se llama *El Hoy* y como me veía dibujar mucho, él me decía a cada rato que mandara algo a las convocatorias para la portada de *La Cometa*, la revista de niños de aquel diario. Yo le hice caso y por eso resulté haciendo como diez portadas para aquella publicación. Y bueno, en mi novela gráfica *Virus tropical* sale esto: cuando tenía 7 años, él me convenció de que participara en un concurso de dibujo para ver al Papa. Así fui seleccionada junto a otros 14 niños para ver a **Juan Pablo II**.

Recuerdo que lo que hice tenía algo irónico, era como una imagen de unos misioneros en el Amazonas tratando de convertir a los indígenas al catolicismo dándoles camisetas. En el aeropuerto estuve cuatro horas ahí parada en medio de la pista de aterrizaje, con mi vestidito, aguantando un frío horrible porque Quito es helado. Y cuando, finalmente, apareció el Papa, llegaron todos los militares y nos empujaron, nos tiraron al piso, nos pisaron y nunca pude verlo ni entregarle mi dibujo. ¡Yo quedé ofendida!

H.J.: ¿Dónde cursó la primaria y el bachillerato?

P.P.: Yo estudié en el Cardinal Spellman Girls School, en Quito, un colegio de monjas. Y luego, a los 13 años, pasé de ese colegio femenino, estricto, organizadísimo, a estudiar en Los Cedros del Líbano, en Cali, donde terminaban todos los rechazados, los más indisciplinados. Ese fue el único colegio que me aceptó cuando llegamos a mitad de año a la capital del Valle. Después de ese primer año yo no quería irme de ahí: era la mejor

estudiante del colegio, me iba 'rebien' sin estudiar nada, podía fumar ¡fue una delicia!

H.J.: ¿Dónde hizo sus estudios de arte?

P.P.: Después del colegio, yo estaba un poco indecisa, porque siempre dibujé, siempre pinté, pero también tenía la espinita del teatro. Por eso me metí a estudiar en Cali con **Enrique Buenaventura** en el TEC. Sin embargo, me di cuenta de que era pésima actriz, que era demasiado consiente de mí misma y no podía salirme de mí, entonces decidí dejarlo.

Al mismo tiempo que estudiaba teatro, empecé a hacer una carrera que fue todo un experimento en la Javeriana, de Cali, una carrera que apenas duró dos años y que llamaron Expresión Artística. Fue muy chévere porque el primer semestre todas las clases eran dadas a partir del teatro: las artes plásticas vistas desde el teatro, la música vista desde el teatro, la literatura vista desde el teatro. Cada semestre había una disciplina a través de la cual se estudiaban las demás.

El segundo semestre fue la música, el tercer semestre fueron las artes plásticas y así. ¡Imagínese una clase de apreciación musical vista desde la plástica! Lo que hicieron fue abrirme un montón de puertas mostrándome que uno podía hacer cualquier cosa y que todo podía mezclarse.

“Fue el primer lugar donde modelé y fue allí, modelando, que me pasaron cosas que cambiaron el rumbo”.

H.J.: ¿En la Javeriana se acuerda de alguien fundamental para usted?

P.P.: Me acuerdo de **Carlos Quintero**. Él dictaba una clase de apreciación plástica y me mostró que el arte no era solamente pintar, dibujar o hacer grabados... Me acuerdo que nos llevaba a ver *performances* y *happenings*. Él también me abrió la cabeza. Ahora, tiene que tener en cuenta que mis padres me dijeron que a partir de los 18 años yo tenía que hacerme cargo de mí misma y de mi carrera. Quizás por eso me acostumbré a trabajar de adolescente.

De los 15 hasta los 19 trabajé en una fábrica de camisetas que se llamaba Sunrise, Peace & Ecowear. Al principio me daban catálogos con diseños de

camisetas extranjeras y me decían “cópialos” y yo lo hacía adaptándolos un poquito, les agregaba frases en español y eso; y, al final, comencé a hacer camisetas con diseños míos. Al principio un trabajo de medio tiempo, luego fue de tiempo completo y, al final, ya eran como sesenta dibujos semanales los que hacía. Entonces les dije que si querían que yo siguiera trabajando ahí tenían que darme tiempo para estudiar y les pregunté si podían pagarme la universidad; y sí, lo hicieron.

H.J.: Imagino que esa fue una escuela importante de dibujo.

P.P.: Claro que sí. Yo trabajaba de 8 a.m. a 5 p.m., como una oficinista. Esa disciplina, ese rigor fue fundamental para mí. Ahí aprendí a trabajar duro, a dibujar rápido. Sí, esa fue una gran escuela; pero un día me aburrí y, simplemente, no volví.

Se me metió en la cabeza que quería vivir en Bogotá y estudiar arte en Los Andes, lo que era económicamente imposible; entonces, me fui a Medellín y me presenté en tres escuelas. No pasé a la Nacional, tampoco pasé a la Universidad de Antioquia... pero sí pasé al Instituto de Bellas Artes (ahora se llama Fundación Universitaria de Bellas Artes), una escuela muy linda, muy antigua que queda en el centro.

Allí me enseñaron a hacer acrílicos, óleos, a dibujar en acuarela, como todo súper técnico y era maravilloso. Además, en el Instituto de Bellas Artes conocí a **Óscar Jaramillo**, un profesor de dibujo que me ayudó a tomar la decisión de volverme dibujante. **Óscar** viene de ese universo del arte en Colombia en los sesentas y setentas un poquito como **Enrique Buenaventura** y nos invitaba, por ejemplo, a la casa de **Juan Camilo Uribe**, su mejor amigo, y la pasábamos buenísimo con ellos. Éramos varias alumnas y nos contaban de ese mundo de los setentas y nos llevaban a unos lugares insospechados, lindísimos, a bares de boleros, o a bailar tango. **Óscar** me decía que era muy difícil vivir del arte, pero me aseguraba que el dibujo me podía ayudar muchísimo. Él me insistía: “No pares de dibujar; dibuja, dibuja, dibuja, que seguro vas a poder vivir de eso”.

H.J.: ¿Cómo pagó la carrera en Medellín?

P.P.: Para poder pagarme la carrera me volví modelo. Era modelo de todas las clases de dibujo de Bellas Artes y también modelé en algunas de la Nacional, y en la de Antioquia. Y como estaba ahí, quietica, escuchando todo lo que decían los profesores, creo

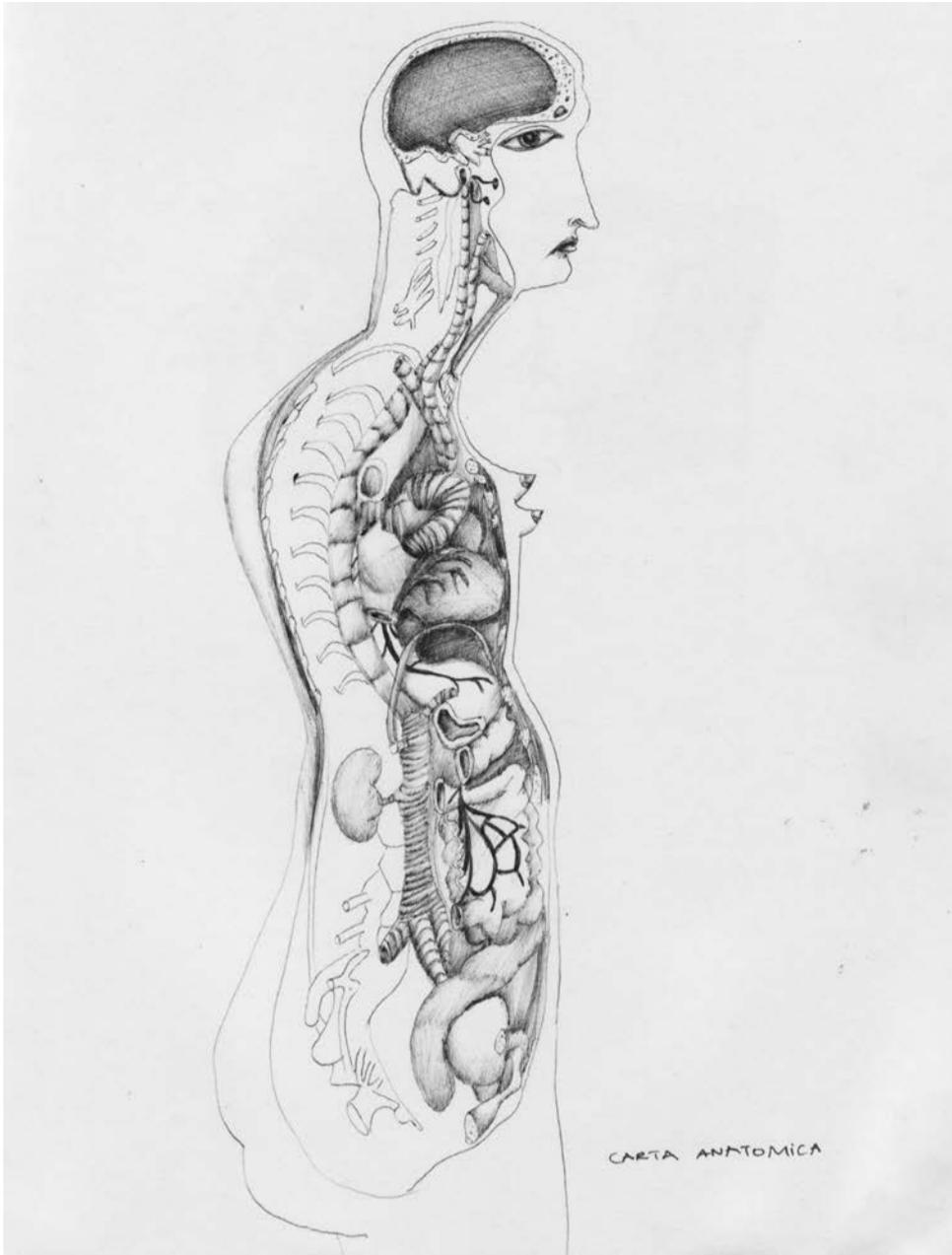
que aprendí un montón en todas esas clases de dibujo. Ahí me di cuenta, además, de que muchas veces le pagan mejor a una modelo que a un profesor.

H.J.: ¿Recuerda alguna de esas clases que “tomó” siendo modelo y que fuera especialmente formativa?

P.P.: Recuerdo unas sesiones en la casa de **Rodrigo Isaza**, que eran para gente grande, para dibujar, tomar vino y charlar. **Rodrigo** era chef y mientras dibujaban, cocinaba unos platos magníficos. Y entre los asiduos estaba **Elkin Restrepo**, poeta y escritor, director de la revista de la Universidad de Antioquia y estaba **Alberto González**, un matemático increíble. En ese lugar, en el taller en casa de **Rodrigo**, fue el primer lugar donde modelé y fue allí, modelando, que me pasaron cosas que cambiaron el rumbo de mi vida. La más importante ocurrió un día en que llegó una arquitecta llamada **Lucette Romero** a dibujar y en el descanso mientras todos estaban en la cocina ella se puso a conversar conmigo y me dijo “¿y tú qué más haces aparte de ser modelo?” y yo le conté que estudiaba artes plásticas y entonces le mostré mi libreta de apuntes y ella me preguntó: “¿tú conoces la Cité Internationale des Arts en París?” Yo le dije que no tenía ni idea y ella continuó: “¿Te gustaría estudiar en esa ciudad? Yo viví allá un año y estoy segura de que si tú mandas tus cosas, te ganas una residencia y puedes irte para allá apenas te gradúes”. Y yo: “Sí, de una, me encantaría... pero no tengo plata para mandar el paquete con mi portafolio y mi trabajo”. Y ella me dijo: “No te preocupes, yo te lo mando y tú me lo vas pagando de a poquitos”. Y lo mandó, ¡y pasé!

Apenas me gradué me llegó un *e-mail* que decía: “Usted ha sido escogida para vivir en la Cité Internationale des Arts”. Viajé y me quedé dos años en París y todo fue por estar de modelo en aquella casa. Pero hay una cosa importante, otra experiencia fundamental de la que no he hablado: antes de irme a París, junto a mis compañeros de clase, abrimos, en el 2003, un espacio en Medellín al que llamamos Taller 7.

Sus fundadores fuimos **Mauricio Carmona**, **Julián Urrego**, **Carlos Carmona**, **Adriana Pineda**, **Albany Henao**, **Milton Valencia**, **Javier Álvarez** y yo. La verdad, nosotros nos conseguimos ese espacio porque todos necesitábamos uno grande para pintar, necesitábamos un supertaller. Al comienzo, nunca pensamos en tener un espacio cultural abierto a la gente, pero, para conseguir algo de dinero, nos pusimos a hacer cosas ahí, comenzamos haciendo exposiciones una vez al mes y vendiendo cerveza y con eso pagábamos el lugar.



Cortesía de la artista.

Dibujo del cuaderno de apuntes de Power Paola para la clase de anatomía del Instituto de Bellas Artes, de Medellín.

Hacer parte de Taller 7 fue una experiencia valiosísima. Allí aprendí del trabajo en equipo... y es que en Medellín la gente dice: "Mañana nos vemos a las 6 de la mañana y hacemos esto y esto" y eso se cumple y se hace. Y gente que no se cae bien, con tal de que un proyecto salga adelante pues trabaja junta sin problema. Y en Taller 7 me pasó otra cosa fundamental: ahí conocí a José Antonio Suárez que empezó a visitarnos todos los viernes para dibujar con la gente que quisiera estar presente.

H.J.: ¿De qué hora a qué hora dibujan con Suárez?

P.P.: Esas sesiones de dibujo comienzan a las ocho de la mañana y terminan después del almuerzo. José Antonio es un referente para mí, es impresionante lo que hace, es increíble su disciplina. Es como un monje del dibujo, dibujando siempre, todo el día. Cuando me fui a París, esa era mi meta: encerrarme a trabajar. Sí, a José Antonio lo admiró un montón y entre otras cosas, lo conocimos porque en Taller 7 éramos muy amigos de Juan Alberto Gaviria que es otro de mis referentes en Medellín. La primera exposición que tuve, la hice ahí, en la sala de exhibiciones del Colombo Americano. Me gané un premio para hacer un mural y a partir de esto, Juan Alberto siempre me contrataba para hacer cosas: talleres, flyers, afiches... Juan Alberto todo lo trataba de relacionar con lo social y al principio, muchos pensaban que eso era rarísimo; pero a mí ese acercamiento me parece 'reimportante'. El arte no puede ser solo un objeto de consumo, un lujo para cierta élite.

H.J.: Eso se aplica a su trabajo, a la forma en que se distribuye a partir de revistas, libros y fanzines. Es popular, digamos, ¿cree usted que el arte tiene que ser así?

P.P.: No. Yo creo que el arte no tiene que ser de ninguna manera. El arte existe de muchas maneras. Y me molesta cuando la gente lo trata de encerrar,

me molesta cuando dicen que tiene que ser así o así. Yo creo que todavía no sabemos cuantas posibilidades hay y qué maneras hay para que el arte exista.

H.J.: ¿Le gustaría tener una página en Internet y dibujar digitalmente?

P.P.: Ahí está el problema: no me gusta dibujar digitalmente. Me encanta lo manual, lo análogo, lo artesanal. Algunos de mis referentes más importantes tienen que ver con el arte primitivista, con lo gestual y lo burdo.

H.J.: ¿Cómo llegó a adquirir ese gusto?

P.P.: Creo que por mi mamá, porque a ella le gusta mucho el arte popular. Mi casa siempre estuvo llena de artesanías. Y después, en París, me encontré una tienda rarísima de un señor que tenía un museo en el subsuelo lleno de muñecos todos cocidos. Él se hacía llamar 'Animal' y vendía ropa usada que pintaba, cocía y modificaba. Todo lo que hacía era muy poderoso. Yo no dejaba de mirar sus vestidos y me preguntaba: "¿Será que soy capaz de ponerme esto?", Y él me empezó a hablar del *Art Brut*. Llevaba muy poquito tiempo en Francia, era español y decía que él era el *Art Brut* y me empezó a contar y yo no tenía ni idea, yo no sabía nada y él nombrando a un montón de gente y luego fui a buscar y frente a lo que hallé me dije: "Obviamente este es mi universo". Eso me liberó.

H.J.: Pero lo que usted hace no es Arte Bruto.

P.P.: No, pero me atrae mucho esa cosa que es como de la tripa, como que usted necesita dibujar o pintar porque si no se muere. Y ahí me siento identificada. Obviamente, yo estudié arte y me gradué, tengo toda esa historia atrás, así que no soy una *amateur*, o una salvaje; pero yo sí necesito dibujar, sacar lo que

tengo dentro, es una cosa física, fisiológica.

H.J.: ¿Cuándo publica su trabajo por primera vez?

P.P.: El último año que estuve en Francia lo pasé con un colombiano y me casé con él —estuvimos casados nueve años— y como no queríamos volver a Colombia, como queríamos seguir viajando, él decidió que nos fuéramos a Australia porque allá podía cursar una muy buena maestría en escritura creativa. Y estando allí me deprimí un montón. Pero ¡mal! Australia me dio durísimo. Creo que influyó lo de estar casada.

Llevaba un año y medio, todos los días cortando frutas, picando hierbas. Yo pensaba que me estaba alejando del arte y eso me ponía muy mal. Entonces, empecé a hacer cómics burlándome de mí y de todo ese rollo, porque, a fin de cuentas, mi vida estaba bien: tenía un apartamento buenísimo, tenía una pareja relinda, ganaba bien y el medio tiempo lo podía dedicar a dibujar. Es decir, no era nada grave; pero para mí todo era terrible... excepto esos momentos en que podía salirme de mí, verme, y pensar: "¡Qué idiota!, ¿porqué sufro tanto?" Entonces, empecé a burlarme de mí y de todo lo que pasaba dentro y fuera de mi cabeza a través de las historias que dibujaba.

H.J.: ¿Conoció a otros dibujantes que se burlaban de sí mismos o hizo esto de forma intuitiva?

P.P.: En la Cité, una vecina, que también era artista plástica, me mostró un montón de historietas y de novelas gráficas; cuando las vi caí en cuenta de que todo lo que había pintado y dibujado hasta ese entonces tenía que ver con lo autorreferencial, y que claramente la mejor forma de seguir con mi obra era a través del cómic. Pero a la vez me parecía como imposible dar ese paso; como que no me veía dibujando cómics.

Quizás el cómic que más me impactó fue el Diario de Nueva York, de Julie Doucet, donde cuenta que es artista plástica, cuenta su primera relación sexual o cuando mete cocaína con su novio, lo cuenta todo y de una manera muy explícita, con unos dibujos increíbles. Leyendo ese cómic pensé: "yo quiero hacer lo mismo"; pero me demoré años en decidirme y empezar a hacerlo.

Luego, empecé a mostrar mi trabajo en mi blog, conocí a otros historietistas latinoamericanos por Internet... y me publicaron por primera vez en 2006, en una revista peruana que se llama *Carboncito*. Recuerdo que me pidieron una historieta de dos páginas y ¡yo nunca había hecho algo así! Eso fue un reto para mí. Después un crítico peruano habló de mi historieta y empezó a entrar gente a mi blog y empezaron a comentar mi trabajo y fue así como comencé a hacer historietas.

Después de Australia nos fuimos a vivir a Argentina

y allá, justo, había dos historietistas colombianos, paisas y yo conocía a uno, a Joni B., porque estudiaba en la Nacional con mi prima que me dijeron que iban a exponer su trabajo y que querían que yo expusiera con ellos. Así me presentaron como al mundito de los historietistas argentinos y a la semana uno de ellos me dijo: "Fuiste escogida para publicar en *Historietas Reales*" y yo no tenía ni idea de qué era eso. Era un blog que publicaba a un montón de autores y todos y cada uno publicaban una página semanal; y podía ser la página de una historia larga o podía ser autoconclusiva. Cuando empecé a ver, cuando me subí al blog, me di cuenta de que todo allí era autobiográfico, de ahí su nombre. Y empecé a publicar ahí y el primer año hacía solamente historietas de una página y al siguiente año decidí lanzarme a hacer *Virus tropical*, es decir, decidí contar mi historia desde que nació, en un cómic largo y obedeciendo aquello que pensé cuando leí a Doucet.

Y así comencé ese proyecto, haciendo de a página por semana. *Virus* lo terminé en el 2010. Aquí en Colombia se publicó en tres libritos; pero en Perú sacaron una edición integral este año. Y bueno, llevo como tres años haciendo otra novela, pero esa no la he podido terminar porque estoy haciendo la película de *Virus tropical* y, al mismo tiempo, hago ilustraciones y trabajo para otras publicaciones.

H.J.: ¿Alguna vez ha dictado clase?

P.P.: En Argentina estuve dictando por segunda vez un taller muy particular llamado 'Diario de viaje'; en él lo que hacemos es "turistear" por Buenos Aires y dibujar. Nos vamos a un museo, nos vamos a un café, o al hipódromo y dibujamos, subimos al subte y dibujamos, y ahí me siento muy cómoda enseñando, porque no estamos en un salón de clase.

H.J.: ¿Piensa que se puede enseñar a dibujar, a ser artista?

P.P.: Pues yo no sé, hay gente que contagia las ganas, que tiene como un carisma especial, como una manera muy eficaz para transmitir sus ideas. Yo creo que enseñar es contagiar, pero no sé si siempre se pueda hacer. Al mismo tiempo, pienso en todas las personas que me han guiado, que me han enseñado cosas y digo que sí, sí se puede enseñar; pero tiene que haber del otro lado ganas de aprender, ganas de dejarse contagiar. De nada sirven las ganas de enseñar, si la otra persona no es receptiva.

Enseñar es como una comunión. Donde se da de parte y parte. Enseñar no tiene que ver solamente con el profesor; sino que tiene que ver, sobre todo, con el alumno... con los alumnos y las relaciones entre ellos. Yo dibujo mucho con gente alrededor ¡y he aprendido tanto de esa gente! Desde el uso de los materiales, hasta lo que piensan del dibujo, la creación y la vida. He aprendido muchísimo viendo dibujar a mis amigos mientras dibujo con ellos. Esa es la comunión a la que me refiero.



Power Paola modela en una sesión de dibujo en Taller 7.

Cortesía: Taller 7.